

Defensa del Alcázar

Una epopeya de nuestro tiempo



Ángel Palomino

Sitiados con sus mujeres y sus hijos,
lo resistieron todo.

Las interminables guerras que de antiguo han asolado y forjado a España dejaron en el espíritu español el hábito de encastillarse y resistir lo irresistible. En ciertos asedios y defensas desesperadas las virtudes hispanas, sobriedad y capacidad de sufrimiento, han eclipsado el tópico de nuestra insolidaridad e individualismo.

Castilla y Cataluña deben su nombre al castillo, presente en su paisaje y señor de nuestra historia. Numancia soriana, Sagunto levantina, Zamora leonesa. Tarifa andaluza con Cádiz, donde «las gaditanas se hacen tirabuzones con las bombas», Gerona catalana. Zaragoza aragonesa, Baler de los últimos de Filipinas y el Alcázar de Toledo son testimonio de una tradición milenaria: la del español que se encastilla, aprieta los dientes y aguanta lo que le echen.

El Alcázar de Toledo es, quizá, la cumbre y el resumen de esta constante hispánica: asombró al mundo, lo puso en pie. Un puñado de hombres, sitiados con sus mujeres e hijos, lo resistieron todo, desde la coacción inhumana, la voladura, la artillería pesada o el asalto a la bayoneta. Y vencieron. Este libro es la historia diaria de unos héroes humildes que «sólo» cumplían con su deber. Dos meses y medio intensos en los que conmovieron al mundo, encastillados al servicio de una idea superior y de la propia estima. Historia de fe. Hoy, sesenta años después, Historia de todos.

*A mis amigos
Antonio Gálvez Medina,
Maximiliano Fink del Río,
José Quero Samos,
estudiantes,
y Pepe Villa,
trompeta de la banda de música,
que interpretaba el danzón
con mucho aliciente*

*Muertos en la defensa del
Alcázar de Toledo*

INTRODUCCIÓN

FICHA PARA UN DICCIONARIO

Asedio del Alcázar de Toledo. El día 21 de julio de 1936 el coronel José Moscardó, comandante militar de Toledo, se une al alzamiento iniciado por el general Franco y otros altos mandos del Ejército. El Gobierno envió contra la ciudad una columna al mando del general José Riquelme, que el día 22 consigue ocuparla a excepción del Alcázar, sede de la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, en donde se concentran las fuerzas del coronel Moscardó, a las que se han unido efectivos de Seguridad y Asalto y la Guardia Civil de la provincia; en total unos mil ochocientos hombres, a los que se suman ciento seis voluntarios civiles. A éstos hay que añadir seiscientos no combatientes, familiares de los guardias civiles y de militares sublevados, además de paisanos temerosos de persecución política, algunos prisioneros y doce trabajadores al servicio de la Academia.

Los ataques de las fuerzas gubernamentales se iniciaron el mismo día 21 y cesaron el día 28 de septiembre con la conquista de la ciudad por el general Varela.

El Alcázar, destruido por la acción de la artillería, aviación y minas subterráneas, resistió un tenaz asedio acompañado de repetidos asaltos del Ejército de la República. Los asediados se alimentaron con trigo y carne de caballo, so-

portaron grandes penalidades con ánimo firme y sufrieron numerosas bajas: 430 heridos y 82 muertos.

Uno de los momentos más dramáticos del asedio fue el diálogo telefónico del coronel Moscardó con el jefe de milicias de Toledo, quien le amenazó con fusilar a su hijo Luis si no rendía el Alcázar. Puesto al teléfono el hijo, aceptó morir y animó a su padre a continuar la resistencia. Otro muy destacable es la visita de un sacerdote que ofició misa, dio la absolución colectiva a los sitiados e intentó convencer a las mujeres de que salvaran sus vidas y las de sus hijos saliendo de la fortaleza. La oferta fue rechazada: preferían morir. Finalmente, la voladura de dos minas el día 18 de septiembre. Tras la tremenda explosión, cuatro fuertes columnas de asalto intentaron la ocupación del edificio viéndose obligados a empeñarse en un violento ataque enérgicamente rechazado por los sitiados, a quienes los republicanos creían muertos entre los escombros.

El episodio del Alcázar tuvo gran resonancia internacional en favor de las fuerzas del general Franco.

Éste podría ser el texto de la ficha redactada por un estudiante para una de esas «crónicas» que convierten los períodos históricos en sucesión de despachos periodísticos.

Aún podría ser más breve, fría y descomprometida. El *Diccionario de Historia de España* de Jorge Ventura (Plana y Janes, 1976) dice:

Alcázar de Toledo (Sitio del). Es uno de los episodios más sobresalientes de la guerra civil española. En el Alcázar se atrincheraron las fuerzas nacionalistas al mando del general [sic] Moscardó, resistiendo durante diez semanas los embates de los republicanos. Junto a los militares se refugiaron numerosos civiles. Moscardó rechazó todas las propuestas de rendición, llegando a preferir que los contrarios mataran a su hijo Luis antes que claudicar.

Pero este libro no es ni fría y breve ficha técnica ni ejercicio de literatura épica. Podemos hacer literatura épica del mayo del 68, e incluso de la defensa de Madrid por los madrileños, que es como si a los habitantes de Sarajevo los convirtiésemos literariamente en héroes voluntarios. El Alcázar —aunque la ha tenido— no necesita literatura épica: es épica pura; la realidad admirable de una resistencia hasta más allá de los límites humanos; hazaña extraordinaria, ejemplar; capítulo de la Historia del que todos los españoles sin excepción pueden sentirse orgullosos.

I
Inicio, algo embarullado, de una
epopeya

«USTED PRIMERO, MI GENERAL»

—*Va usted a ser responsable de la destrucción del Alcázar.*

—*Cumplo con mi deber de español, mi general.*

—*Tengo la artillería dispuesta y las tropas, cuento con medios para aniquilarle. Ésta es la última vez que le doy la oportunidad de evitar el derramamiento de sangre. Si no renuncia a su actitud, mandaré atacar inmediatamente.*

—*Pues vamos a verlo; puede usted empezar cuando quiera.*

Así empezó la guerra del general Moscardó y de los héroes del Alcázar. Una brillante página de la Historia —de toda la Historia—: hechos que, de haber sucedido hace siglos, serían hoy mito, leyenda universal.

Y lo son. Porque legendaria es aquella gesta, una leyenda afortunadamente tan testimoniada y documentada que hoy podemos relatarla con precisión casi absoluta y hasta con fría objetividad de crónica fiel: de reportaje.

RAZONES PARA DESOBEDECER

Con esas frases tensas, definitivas, terminó la conversación entre el general Riquelme, jefe de la división orgánica de la que dependía Toledo —y de la columna de operaciones enviada para aplastar la sublevación— y el coronel Moscardó, comandante militar de la plaza y director de la Escuela Central de Gimnasia. El «puede usted empezar cuando quiera» estableció en forma inequívoca la posición del coronel; fue como un caballeresco «señores enemigos, empiecen a disparar».

Pero su actitud no se debía a la consideración de que trataba con unos «señores enemigos», sino todo lo contrario. En opinión del coronel y de sus oficiales, el general Riquelme estaba faltando a su deber y traicionándolo. La desobediencia era obligada respuesta a una orden inaceptable para un oficial del ejército de una república democrática: entregar municiones y armamento a las milicias de los partidos políticos marxistas y anarquistas.

UN VIAJE RELÁMPAGO

La «rebelión» del coronel Moscardó va a manifestarse a lo largo de una sucesión de conferencias telefónicas.

El día 18 de julio viaja en autobús de línea a Madrid para ultimar algunos preparativos del viaje a Berlín, donde encabezaría la representación militar española participante en los Juegos Olímpicos. También es su intención captar noticias respecto a la posibilidad de una respuesta militar a la situación caótica producida tras el asesinato de Calvo Sotelo. En Capitanía General le confirman una noticia que acaba de conocer en la terminal de la línea de autobuses: el levantamiento del Ejército de Marruecos. Al observar la gran confusión producida por el acontecimiento y las reacciones dispares entre sus compañeros decide regresar inmediatamente a Toledo y reincorporarse a su cargo de comandante militar de la plaza y provincia.

Antes de regresar ordena por teléfono al capitán de Caballería Emilio Vela que convoque a los jefes y oficiales de la plaza para exponerles la situación. Y se la expone con calma refiriendo lo que ha podido ver en Madrid: los altos mandos están tomando decisiones junto a los políticos del Frente Popular y sus jefes de milicias. La mayor parte de los jefes y oficiales están escandalizados y no se muestran dispuestos a tolerarlo. Oídas las opiniones, todas coinciden-

tes, de los reunidos, decide ordenar el acuartelamiento de las tropas. Que eran muy escasas.

POCOS PARA EMPEZAR UNA GUERRA

En Toledo no hay lo que se dice una guarnición, es decir, unidades del ejército, regimientos o batallones operativos. Sus centros militares son la Academia que siempre fue de Infantería —y entonces lo es, además, de Caballería e Intendencia— la Escuela Central de Gimnasia, la Caja de Recluta número 3 y la Fábrica Nacional de Armas, más unos modestos servicios de Intervención y Farmacia.

Hecho el cómputo de fuerzas disponibles, el resultado es desolador. Las vacaciones han dispersado a la mayor parte del profesorado de la Academia y la Escuela de Gimnasia. Igualmente, se encuentra disfrutando permiso parte de los suboficiales y la tropa.

Cada uno de los mandos reunidos en torno al coronel expone la situación de su fuerza y la suma total no es como para levantarse en armas: incluidos mandos, oficiales, suboficiales y tropa, doscientos cincuenta más o menos.

Modesta fuerza para empezar una guerra. El coronel piensa que, pocos o muchos, todos han de ser puestos en servicio, dicta la orden de acuartelamiento y se pone al habla con los mandos de las fuerzas de Orden Público, más numerosas y muy bien organizadas.

UN POLÍTICO EN LA ENCRUCIJADA

El gobernador civil, Manuel María Guzmán, pertenece a uno de los partidos del Frente Popular, pero es hombre moderado que ha vivido, con evidente disgusto, la invasión de la capital y la provincia por las milicias populares, que en

aquellos días suman más de veinticinco mil hombres; unos dos mil en Toledo.

Al habla con el coronel Moscardó, éste le comunica su decisión de acuartelar las tropas y no pone objeción alguna.

Hay en Toledo una compañía de la Guardia de Asalto, fuerza creada por la República y, en principio, supuestamente contraria a la rebelión, aunque un gran número de sus componentes se unieron a ella desde que estalló el conflicto o se pasaron al bando nacional a lo largo de la contienda. En los primeros momentos fueron trasladados en taxis a Madrid, quedando en Toledo un pequeño grupo del que el teniente, un sargento, un cabo y dos guardias se pusieron a las órdenes de Moscardó. Y lo mismo los quince hombres del Cuerpo de Seguridad al mando de un sargento. Tanto unos como otros dependían del Ministerio de la Gobernación y, en la plaza, del gobernador civil.

BENEMÉRITO INSTITUTO

UN SOBRE LACRADO

El comandante del puesto de la Guardia Civil, en un pequeño pueblo de la provincia de Toledo, recibe el mensaje: *Siempre fiel a su deber.*

Es el día 18 de julio; la casa cuartel, un homo. Fuera, sol, chicharras, rumoreo de gallinas. El comandante del puesto se ha dirigido apresuradamente a un armario cerrado con llave y ya tiene en las manos el sobre lacrado que, desde varios días antes, está impaciente por abrir.

Las instrucciones son claras y detalladas. Llama a sus hombres y les comunica la orden de traslado con sus mujeres y sus hijos, lo que pueden llevar de sus pertenencias y todo el armamento, equipo y munición. Primero han de concentrarse en la cabecera de línea o en la de compañía, situadas, éstas, en Toledo (dos compañías), Ocaña y Talavera de la Reina.

LOGÍSTICA DE PRECISIÓN

El teniente coronel Romero Basart, jefe de la Comandancia de Toledo, consigue así reunir la fuerza que haría posible la defensa del Alcázar. La operación ha sido cuidadosamente preparada y se ejecuta con exactitud pese a las enormes dificultades que supone reunir grupos tan dispersos acompañados, además, de sus familias. Solamente una «línea» (sección), la de Tembleque, no puede llegar; sus treinta hombres son apresados y hay diferentes versiones, todas dramáticas, sobre su fin. La perfecta organización, minuciosa-

mente detallada, permite que las compañías de Ocaña y Talavera realicen el traslado a Toledo el día 22, cuando ya la provincia está en manos de las milicias, los comités locales mandan en las carreteras con puestos de control en cada pueblo y las tropas de Riquelme entran en la ciudad.

En anteriores contactos con el coronel Moscardó, el teniente coronel Romero las ha puesto a sus órdenes. Oportunamente comunica al gobernador civil su decisión de concentrar las fuerzas. El gobernador opina que no hay motivo para desconfiar y justifica la orden de concentrar las fuerzas en la capital cuando en la España rural pequeños destacamentos son asaltados por partidas de revolucionarios armados que asesinan a los guardias y a sus familias.

La Guardia Civil será la fuerza más importante en la defensa del Alcázar. Sin ella, una resistencia tan prolongada hubiese sido imposible. Moscardó, con los suyos, héroes como tantos a lo largo de la historia: héroes muertos.

EL ESTADO DE LA NACIÓN

CIUDAD SUBLEVADA

Como tantas otras ciudades con guarnición o establecimientos militares, Toledo se sumó al Movimiento iniciado por el Ejército en Marruecos. En muchos lugares de España gran número de civiles se unieron a la sublevación decididos a luchar en defensa propia contra la revolución que, según el propio presidente de la República, Manuel Azaña, había acabado con el orden democrático: «El Ejército no se sublevó contra la República, sino contra la chusma que se había apoderado de ella».

En la ciudad del Alcázar ya existía un antecedente notable de la afinidad entre la población civil y el Ejército frente a la actividad desordenada y prerrevolucionaria con que estaba invadiendo el Frente Popular las calles y las instituciones.

ROMERÍA EN EL VALLE

El día 1 de mayo de 1936, fiesta del Trabajo, desfilaron por la plaza de Zocodover y por las calles de la ciudad las milicias marxistas uniformadas. Compañías de milicianos, milicianas y «pioneros», con camisas y gorrillos militares, a las órdenes de mandos visiblemente armados, coreaban *La internacional*, *Joven Guardia*, pareados ripiosos y consignas revolucionarias; «Patria no, comunismo sí», «U, Hache, Pe», (Unión de Hermanos Proletarios, el Frente Popular). Existía, pues, en toda España una organización subversiva armada y encuadrada en unidades tácticas, un poder respaldado

por el Gobierno de la República y por las autoridades que, en aquella ocasión, habían asistido a la romería roja con que las organizaciones marxistas sustituyeron la que, tradicionalmente, se celebraba ese día en honor de la Virgen del Valle. Estas milicias sumaban en la capital más de dos mil hombres, además de las unidades femeninas e infantiles.

LAS FUERZAS «REACCIONARIAS»

Frente a ellos existían, casi clandestinamente, las agrupaciones juveniles de la derecha, tradicionalistas, Acción Popular (gilroblistas) y los jóvenes de Acción Católica que, dado el furor antirreligioso de las izquierdas, eran considerados adversarios políticos; todos reaccionarios: «fascistas». Con ellos, en absoluta clandestinidad, la Falange; su sede, situada en Zocodover, junto al gran reloj que, con el Cristo de la Sangre, preside la plaza, fue asaltada por las milicias del Frente Popular tras su triunfo en las elecciones de febrero de 1936. Los falangistas eran perseguidos, apaleados y encarcelados sólo por el hecho de serlo.

UN MUCHACHO, DE PRONTO, SE HACE HOMBRE

Yo tenía catorce años —dice un testigo— cuando me afilié al SEU en el instituto. Un año después era «falangista de primera línea», formando escuadra con otros diez estudiantes. Después de las elecciones, nos reuníamos en los locales de los Estudiantes Católicos; el jefe de mi escuadra era Pepe Canosa. Los comunistas habían asaltado nuestros locales y tiraron por los balcones mesas, máquinas de escribir, multicopistas..., todo menos el fichero que trataron con el mayor cuidado. Un obrero de mi casa me advirtió que había visto mi ficha en la Unión Local de Sindicatos, que era